

ese *fiat* si tener la seguridad de que se trata de un afecto que la voluntad de Dios protege y bendice. Por lo que se refiere a las contrafacetas del amor, a las amistades apasionadas, a los flirts, a ciertas debilidades culpables que a menudo siguieron la vanidad o el interés, guardaos de ellas como de bajas tentaciones que han de haceros menos capaces y dignas de amar verdaderamente.

Pero toda la educación del sentimiento no se cifra en conservar el corazón puro, en reservarlo. Hay que prepararnos a grandes y difíciles deberes. El P. de Grandmaison que tan profundamente se ha interesado por el problema de la educación de las jóvenes de nuestro tiempo, y que recientemente nos ha dado admirables orientaciones, decía que las pasiones enemigas del bien y de nuestra mejora son de tres clases: pasiones pueriles, pasiones egoístas y pasiones de tristeza. Si queréis ser mujeres verdaderamente de provecho, debéis luchar a la vez contra todas estas pasiones. Las *pueriles* son las que nos hacen ser niños hasta una edad excesiva, y ello es muy triste. Hay que conservar de la infancia, la pureza y la frescura cordial, la simplicidad y la espontaneidad. En manera alguna hay que conservar los defectos del niño, y esto es lo que hacen muchas mujeres. El capricho, la falta de firmeza, la terquedad infundada, la predisposición a conceder importancia a lutesas que no la tienen, tales son las pasiones pueriles; nos hacen personas insufribles, incapaces de educar a los hijos.

Las *pasiones egoístas* son las que arraigan más hondo; nos convierten, más o menos conscientemente, en el centro de todo y lo subordinan todo a nuestros intereses personales, a nuestros juicios y asuntos, privándonos de toda objetividad, cerrándonos los caminos de la justicia, del olvido propio, de consagración inteligente y sincera. ¡Cuántas son las mujeres convertidas en centro de sí mismas! No se las puede hacer salir de su punto de vista personal, no se puede lograr que vean las cosas tal como son. Sus alegrías, sus abatimientos, todo lo determina la satisfacción de sus gustos, el logro de sus empresas. Al servicio de estas pasiones deformadoras, tanto más nocivas cuanto más poderosa es la persona y mayor el número de sus subordinados, pueden ponerse una fuerza

razonadora y una elocuencia acaso extraordinarias. Temed veros convertidas en mujeres intratables y personales que son como las flores de amaranto de las que los poetas nos cuentan que causan la muerte de las plantas que las rodean para vivir sólo ellas. ¿Cómo el egoísmo de tales mujeres no ha de proyectar una sombra mortal sobre los frágiles seres que han de desarrollarse a su lado?

Hay, en fin, esa tercera categoría de pasiones, sumamente nocivas en la vida de familia, y de las que talvez vosotras tengáis que defenderos más que las jóvenes de generaciones más prósperas. Son las *pasiones tristes*. Se han poetizado los sombríos deleites de los corazones melancólicos; son muy perniciosos en la vida familiar. La tristeza aceptada, saboreada, es carnal, no hablo de verdaderos dolores, que hay que saber también conllevar los más ocultos y sin abrumar a los que nos rodean. Hablo de las tristezas egoístas y faltas de fundamento verdadero, de las que provienen de nuestras depresiones nerviosas y, sobre todo, de nuestros razonamientos de amor propio, de pasadas amarguras en las que nos complacemos sin fin, o bien de infundadas inquietudes sobre un porvenir que aun desconocemos. Sufrimientos inútiles son todos esos, y en parte culpables.

¡Cuántas jóvenes y mujeres se mantienen replegadas sobre sí mismas durante horas y semanas, aisladas como buhos, desalentadas para la acción, sin gusto por los deberes cotidianos! Hay que aprender a combatir estas pasiones de tristeza, cosa bien difícil: la higiene, el trabajo, la oración nos prestan gran ayuda, y sobre todo el convencimiento de que en la vida de familia los demás necesitan de nuestro ánimo, de nuestro optimismo, de nuestra alegría: si esta fuente se quiebra en el corazón de una mujer, ¿de dónde manará el consuelo para los suyos, la firmeza y la alegría que hay que procurarles en las inevitables vicisitudes?

Estas difíciles virtudes, señoritas, no las improvisaréis. Para casarse hay que encontrar novio, a lo cual Dios os ayudará. Hay que encontrar además un piso, una vivienda, cosa que os costará bastante ingenio y paciencia. Pero hay algo más difícil e importante todavía: el formaros un corazón bastante grande, puro y gozoso, para no dejar

de cumplir la misión que la Iglesia y la patria esperan de vosotras, pues sin duda encontrarán en ello su sa-

lud, la fundación y la conservación de hogares cristianos.

M. Danielou



Una calle de la población de Coto, Costa Rica

Una casa del todo eléctrica

Se ha construido una casa en EE. UU., de tal manera que cuando las luces del automóvil del dueño reflejan en la puerta del garage, ésta se abre automáticamente. Cuando él entra al jardín, toda la casa, por dentro, y por fuera, se ilumina. La casa tiene su sistema de calefacción eléctrica; se enfría por medio de la electricidad; tiene diez aparatos receptores de radio, y está equipada con cien conexiones eléctricas para ventiladores, relojes, el piano, los teléfonos, los aparatos de limpieza y los mil y un implementos eléctricos que han sido inventados.

Espinacas para curar la anemia

Uno de los laboratorios dedicados a la investigación del valor nutritivo y de las propiedades de los diferentes alimentos, da la noticia de que varios niños han sido por completo curados de anemia usando con su leche polvos de espinacas. El mismo resultado se ha obtenido con madres anémicas; en el período de lactancia.

Los japoneses siguen imitando

Hace diez años casi todos los ja-

poneses comían sentados en el suelo y usando palillos. Hoy día hay más de 21.000 restaurantes modernos en el Japón en donde se sirven viandas europeas y americanas, y se come con cubiertos. Parece que todo el mundo está sujetándose a la misma norma.

Niños salvajes en Rusia

Los niños salvajes de Rusia, de los cuales hace diez años había más de 750.000 vagando por todo el país en pandillas, robando, asesinando y cometiendo toda clase de desmanes, han sido sometidos y están ahora al servicio del estado. Se dice que quedan 4.500 ingobernables, a los que el gobierno espera observar en poco tiempo.

A la vanguardia en televisión

Los ingleses pretenden encontrarse dos años más adelantados que los yanquis en cuanto a la televisión, y parece que no sin razón. Se dice que con mucha comodidad, miles de ingleses tranquilamente sentados en sus hogares, de principio a fin y sin experimentar dificultad alguna, vieron unas carreras de caballos en Irlanda.

Atención a los deportistas! cuidado con el alcohol y las mujeres!

Los Campeones

POR SAMUEL MERWIN

HOMER Lackland salió de su casa en Tonti, Illinois, el día en que cumplió veintiun años, llevando consigo una maleta, un banjo y una máquina de escribir portátil con el objeto de probar fortuna en Nueva York.

Era un muchacho alto y simpático, un poco pècoso, de cabellos claros y sentimentales ojos pardos.

Sus ahorros, cerca de doscientos dólares, disminuyeron a ciento treinta cuando se instaló en el tren que debía conducirlo hacia la gran aventura. Aquello sería ampliamente suficiente. Aunque los tiempos eran difíciles, él encontraría trabajo como siempre. En caso de necesidad, podía servir de camarero, de chofer, conducir un tranvía y hasta empedrar calles; con un metro ochenta de estatura y sus ochenta kilos de músculos, no temía al trabajo. No temía a nada ni a nadie.

En la escuela secundaria había pertenecido al equipo de fútbol y, sobre todo, se había distinguido como campeón de lucha greco-romana. Durante los dos o tres últimos años había actuado como luchador profesional en el gimnasio del pueblo. Tocaba el banjo con gusto y cantaba acompañándose con él los últimos fox-trots, con todo el fervor de un cantante de radio. Había escrito crónicas deportivas de una manera intermitente, durante años, para el «Heraldo» de Tonti. El viejo señor Julio Calle, director y jefe del «Heraldo», tenía en Nueva York un hijo que ocupaba igual situación en el «New York Clairon». Homer contaba con la ayuda de este hijo—John Calle,—pues su mayor ambición era la de ser cronista deportivo en un gran diario metropolitano, y de convertirse así en un personaje importante.

ANTES de la noche, Homer conoció, viajando en el mismo tren, a un simpático muchacho de veintitres años, el cual (según Homer no tardó en descubrir) pesaba ochenta y siete kilos y media un metro ochenta y cinco, sin zapatos. Se llamaba Cecil Hone, era luchador profesional y conocido en los círculos pugilísticos con el nombre de

Tormenta Tauner. No tardaron en trabar conversación, y la amistad quedó sellada cuando al día siguiente, y ya cerca de la meta del viaje, Cecil mostró a Homer el álbum de recortes donde tenía coleccionados todos los artículos que sobre él se habían publicado.

Los muchachos descubrieron similitud en sus gustos y aficiones. Ambos estaban orgullosos de sus cuerpos fuertes y jóvenes. Ninguno de los dos fumaba ni bebía, y Cecil aconsejó a Homer que se guardara de las mujeres de Nueva York. Eran peligrosas, según le habían dicho, y lo mejor sería huir de ellas como de la peste. Y Homer, con una extraña emoción que no creyó inútil mencionar, compartió su parecer.

CECIL tenía una dirección cerca del gran estadio de Madison Square, en la que se podían alquilar piezas amuebladas, y que le había sido proporcionada por un boxeador. Y allá se dirigieron, llevando sus propias maletas. Atónitos ante la inmensa extensión de la Estación Central, se sentían excitados por la avalancha del tráfico, asombrados ante los rascacielos que parecían perderse en las nubes, estupefactos ante la belleza y elegancia de las mujeres, y por aquel ambiente metropolitano de fuerza, que parecía dominar la tierra; dominarla con una sarcástica carcajada.

La casa a la cual se dirigían no tenía, sin embargo, tal esplendor. Era una vieja construcción de cuatro pisos, de ladrillos negruzcos, cuya planta baja estaba ocupada por un restaurant italiano.

Por fin, se encontraron instalados en su dormitorio, en el cuarto piso. Mientras Homer, con su característica actividad, comenzaba a acomodar sus efectos, sacándolos de la valija, Cecil, sobre el sofá-cama, guardaba meditativo silencio. No habían hablado mucho desde su llegada. Cecil era un tipo de pocas palabras, y su mente no era muy ligera, cuando se trataba de abordar un nuevo tópico; pero Homer sabía que sus emociones eran idénticas. Estaban en el teatro de sus futuras glorias.

La habitación era pequeña, y la única ventana se abría sobre un pozo de aire. Por vía de ventilación dejaron la puerta abierta.

Sonaron pasos en el vestíbulo. Una chica morena y elegante pasó taconeando y abrió la puerta contigua. La seguía una segunda chica—una verdadera belleza,—rubia, con grandes ojos de color violeta, muy joven, casi una niña (pensó Homer). Vaciló un momento mirando a los dos muchachos. Después entró a su vez en la habitación, cerrando la puerta tras sí.

—Sí—dijo Homer, cuyo pulso latía tan precipitadamente que pensó que era mejor que dijera algo.—Sí, creo que estaremos bastante bien aquí. Y no cuesta sino cuatro dólares a la semana. No está mal.

Al día siguiente Cecil se dirigió al gimnasio de Sims, en el cual se entrenaban los luchadores del manager Paul Carrigan. Como habían convenido, ambos amigos se encontraron en un pequeño restaurant de Broadway, a la hora del almuerzo.

—Y bien, amigo—observó Cecil, una vez que la comida estuvo servida.—Todo marchó a pedir de boca en el gimnasio. Paul Carrigan en persona me observó mientras practicaba, y uno de sus ayudantes me dijo que talvez me diera una pequeña oportunidad de actuar en el espectáculo del viernes por la noche. No será más que uno de los números preliminares, naturalmente; pero no está mal para empezar, ¿no te parece?... ¿Y a tí, cómo te fué? ¿Encontraste al señor John Calle?

Homer meneó la cabeza.

—No volverá a la ciudad hasta el viernes—contestó.

—Tengo una idea—dijo Cecil.—Te llevaré al gimnasio de Sims mañana por la mañana. El ejercicio te hará bien, y, si acaso te ves un poco apurado de dinero, no te vendría mal conseguir alguna que otra lucha. Además, con ello me ayudarás a mantenerme en estado de entrenamiento...

—No quiero ser un luchador profesional—contestó Homer con aire un poco deprimido.—Pero me gustaría asistir al gimnasio.

Y así, todas las mañanas se ejercitaban en el gimnasio de Sims. Una veintena de atletas estaban siempre presentes, y Homer reconoció entre ellos a varios personajes que conocía de oídas y por fotografías, y entre los que se encontraban varios ex-campeones.

Las emociones se sucedían. Cecil presentó a Homer a Jim Mac Williams, y este famoso pugilista, considerado como el futuro campeón mundial, los presentó a su vez, personalmente, a Paul Carrigan.

—Y bien, muchachos—dijo este experto manager, me alegro mucho de verles por aquí. Son ustedes un par excelente, y tal vez pronto pueda darles ubicación.

El jueves por la mañana Carrigan anunció a Cecil su intención de presentarle al día siguiente, a título de prueba, en una lucha preliminar de veinte minutos. El muchacho permaneció impassible en apariencia; pero sus ojos brillaron de alegría.

—¿Me permitirá usted luchar realmente, señor Carrigan—dijo con voz tranquila,—o debo dejarme vencer?

—Puedes luchar con todas tus fuerzas muchacho,—replicó el manager.—Quiero medir tu capacidad, ¿comprendes? Lucharás con el Albanés, que es un tipo que se las trae.

Cecil decidió permanecer en el gimnasio aquella tarde para continuar su entrenamiento y Homer volvió sólo a su casa.

Al llegar al segundo piso oyó un ligero paso en la escalera. Era la chica rubia que bajaba corriendo. Entre uno y otro piso se torció el pie y cayó, gimiendo. Cuando Homer llegó junto a ella, la encontró pálida y temblando de dolor. Se arrodilló a su lado y cuidadosamente levantó el pié lastimado.

—Mejor será que la transporte a usted hasta su cuarto—dijo.

—¡Oh!, eso sería muy amable de su parte; pero...—el color volvía lentamente a sus satinadas mejillas. Bajo las largas pestañas que velaban los grandes ojos color violeta, ella miraba de arriba abajo el atlético cuerpo de Homer. El la tomó en sus brazos. Era extraordinariamente liviana y frágil—pensó—y olía a violeta.

—¡Qué grande y fuerte es usted!—murmuró ella, colocando sus brazos alrededor del cuello del muchacho, y acomodando su dorada cabecita en su hombro.

El se detuvo un instante, y sus brazos apretaron un poco el delgado cuerpo. Por un momento, ambos permanecieron inmóviles. Homer no recordaba haberse sentido tan sofocado en su vida. Lentamente, ella echó la cabeza hacia atrás mirándole interrogadoramente a los ojos. Su cara deliciosa

estaba muy cerca de la de Homer. Y sin que él supiera explicar el porqué ni el cómo, sus labios se juntaron.

POR el amor del cielo!—dijo ella un instante después.—¡Cualquiera puede vernos!... ¡Lléveme arriba, por favor!

Ella golpeó la puerta de su cuarto con su mano libre, y la chica morena la abrió.

—¿Qué pasa Alice,?—le preguntó al verla.

—Me torcí el pie en la escalera, Bert —replicó ella.—Este caballero subía en ese momento y me ha conducido hasta aquí.

Homer la colocó sobre el diván, mientras trataba de recobrar la serenidad. No valía la pena convertirse en un perfecto imbécil nada más que por haber besado a una chica bonita.

Para BOLAS DE FOOT BALL

buenas y a precios bajos, no hay
como el **CICLO CLUB**

Apartado 323 -SAN JOSE- Teléfono 2888

—Lo mejor será—dijo volviéndose a la chica morena—que le saque usted el zapato y la media, y envolveremos el tobillo en vendas calientes. Después le haré un masaje. Entiendo algo de estas cosas.

MEDIA hora más tarde fué a su aposento en busca del banjo. Sabía ya que se llamaban Alice Helder y Berta Waterson, y que eran artistas, y que estaban sin trabajo hacía casi un año. Mientras él cantaba melodías, Bert preparaba una tortilla en un pequeño calentador eléctrico, pues después de reiteradas invitaciones, Homer había consentido en quedarse a cenar. Y mientras pasaba de una canción sentimental a otra, sentía aquellos maravillosos ojos violetas fijos en él.

—¡Es usted maravilloso!—exclamó Alice finalmente.

El les contó sus ambiciones y sus proyectos, y les explicó que su amigo Cecil era un luchador. Le pareció que las chicas habían cambiado una significativa mirada al enterarse de ello; pero no hicieron ningún comentario al respecto.

EN su pieza, Homer se sintió de pronto tan nervioso, que decidió dar

un corto paseo. En primer lugar, se sentía perdido y como flotando sin rumbo. Además, la cuestión financiera le preocupaba. Insensiblemente su capital iba menguando; ya no le quedaban sino ciento seis dólares.

Felizmente, al día siguiente vería a John Calle— pensó, emprendiendo el camino de vuelta a su casa.—Era una suerte el poder contar con amigos influyentes, pues con la delicada imagen de Alice llenando su imaginación, Homer no se sentía ya tan dispuesto a servir de chofer o a pavimentar calles.

Subiendo lenta y pensativamente las escaleras que conducían a su pieza, oyó de pronto voces que le hicieron detenerse. Una, femenina, parecía protestar, llorando casi. La voz del hombre la interrumpió duramente.

Y de pronto una chica, ¡Alice!, salió corriendo de una pieza del segundo piso y se dirigió rengueando hacia la escalera. Un hombre atlético, de la estatura de Homer, aunque más pesado, se lanzó en su persecución.

EL muchacho, dando un salto lo tomó de un brazo y le obligó a girar rápidamente. El hombre lo miró furioso. Tenía los hombros anchos y no tenía casi cuello. Su cabeza era pequeña y llevaba los cabellos muy cortos.

—¡Qué demonio!...—comenzó.

—Permítame una palabra de advertencia, señor—le dijo Homer;—no moleste usted a esta señorita.

El hombre cerró el puño e hinchó el pecho como un barril. Homer, más rápido, avanzó un paso y con un bien aplicado golpe en la mandíbula lo lanzó contra la pared.

Por un momento el tipo pareció sorprendido, y después, lanzando un torrente de juramentos, se abalanzó de nuevo contra Homer, con las manos extendidas.

El muchacho se apoderó de una de ellas y plantando firmemente su pié en el estómago del hombre se echó hacia atrás con fuerza. Este dió un salto de carnero obedeciendo al doble impulso, y clavó la cabeza contra la pared, cayendo inerte al suelo.

DESPUÉS de dirigirle una última mirada, Homer subió al tercer piso. Allí en su pieza, llorando tendida sobre la cama, encontró a Alice. El la tomó en sus brazos y empezó a secar sus lágrimas con sus besos.

—¿Qué pasó?—le preguntó.

—Es horrible. Pasaba por allí y me

obligó a entrar en esa pieza de un tirón.

—¿Te robó algo?

—Todo lo que tenía—dijo Alice rompiendo de nuevo a llorar.

—Llamaré a la policía.

—No; te ruego no lo hagas—suplicó ella.—No haría sino empeorar las cosas.

—Pero dime, ¿cuánto era?

—Cien dólares, que mi madre me había mandado.

—¡Cien dólares!—repitió él pensativo.—Espera—le dijo de pronto, poniéndola en el suelo. Sacó su cartera, y contando cien dólares se los puso en la mano.

—Pero Homer—dijo ella, rompiendo a llorar de nuevo.—Es espléndido de tu parte; pero no puedo aceptarlo. Te los pagaré tan pronto como pueda...

—No pienses en tal cosa—dijo él, y salió del aposento.

AL día siguiente ambos amigos estaban almorzando juntos en un pequeño restaurant. Homer (con menos de tres dólares en el bolsillo), se sentía el hombre más feliz de la tierra.

—¿Viste a tu hombre hoy?—le preguntó Cecil.

—Sí—contestó Homer.—Y estuvo magnífico.

—¿Te dió trabajo?

—No; pero me dió una oportunidad de probar mi capacidad, que es todo lo que deseo, presentándome al jefe de la sección de deportes.

—¿Billy Mac Fee?

—El mismo. Un periodista típico. Me dijo que siguiera los eventos deportivos y que escribiera lo que considere raro interesante y se lo llevara. Si resulta bueno, lo publicará, pagándome por centímetros. Así, pues, he decidido escribir las crónicas de los encuentros de esta noche. El señor Calle me dijo algo que me impresionó—continuó Homer con entusiasmo.—«No olvide—me dijo;—todos los hombres que hoy gobiernan las grandes empresas de Nueva York vinieron del campo, como usted. Son tipos que se lanzaron a la conquista de la ciudad y la consiguieron. Los perdedores se han desvanecido, vuelto a sus pagos; Nueva York es la ciudad de los vencedores. Pero necesita imprescindible y constantemente sangre nueva. Si gana usted la batalla, dentro de veinticinco años será uno de los magnates que dirigen las grandes empresas. Si tiene coraje e iniciativa, Nueva York lo necesita. No ol-

vide usted eso nunca». Estupendo ¿verdad?

AQUELLA noche mientras en el vestuario esperaba junto a Cecil que llegara el momento en que éste lucharía, Homer podía apenas contener una sonrisa triunfadora. Tenía en ese momento un dólar y noventa centavos en el bolsillo.

—Lo malo de estas luchas públicas dijo Cecil pensativo—es que son, más que nada, un espectáculo. Lo único que importa es la victoria, sin que los medios sean tenidos en cuenta.

—¿Y el referee?—preguntó Homer.

Cecil lo miró sorprendido.

—¿El referee? ¿No sabías que es un empleado de Carrigan?

LA conversación fué interrumpida por la llegada de Carrigan, que traía un telegrama abierto en la mano. Uno de los luchadores se había excusado a última hora y debía substituirlo inmediatamente. Dirigiendo una mirada circular, vió a Homer y se dirigió a él.

P A P E L T A P I Z

DE TODO PRECIO EN EL

CICLO CLUB

Apartado 323 - SAN JOSE - Teléfono 2888

—Voy a presentarte contra Thurton—le dijo.—Tienes que ser vencido, naturalmente, pues tengo mis planes con respecto a él; pero le diré que prolongue un poco la lucha. ¡Thurton, ven aquí!—gritó.

El hombre rubio se puso de pié y cruzó la habitación.

—Oye, Sam—dijo Carrigan,—el «Sueco» está indispuerto, y este muchacho tomará su lugar. Dale quince o veinte minutos antes de tenderle, pues quiero que tenga oportunidad de mostrar su juego. ¿Has comprendido? Oye muchacho, ¿qué te parece la proposición?

SE hizo un largo silencio, Carrigan y Cecil miraban con extrañeza a Homer y Slam, que se observaban como perro de presa.

—Conforme—dijo el muchacho al fin, y comenzó a desvestirse rápidamente.

—¿Qué pasa?—le preguntó Cecil cuando los demás se hubieron retirado.—¿Conoces a ese tipo?

—Nos encontramos casualmente ayer,

y tuvimos un cambio de palabras sin conocernos—Contestó Homer, mientras continuaba desvestiéndose.

Cecil empezó a darle consejos en voz baja. Slam era un tipo peligroso que no vacilaría en romperle un brazo o un par de costillas. Aunque un poco lento, tenía la fuerza de un elefante.

Pero Homer se mantuvo tranquilo.

Cecil, llegado su turno, luchó con el Albanés durante los veinte minutos convenidos, resultando empatados y siendo recibido con simpatía por el público.

HOMER salió a su vez al ring, siendo seguido por Slam Thurton dos o tres minutos más tarde.

Sonó el gong. Homer se puso de pie de un salto. El referee les gritó que se estrecharan las manos, pero los contendientes no le hicieron caso.

Homer conocía por experiencia la lentitud del gigantesco Slam. La única probabilidad de triunfo era impedir que pudiera sacar partido de su fuerza brutal. Y después del abrazo preliminar, Homer, al instante, se detuvo irguiéndose. Slam, sorprendido, hizo lo mismo, y Homer, como un proyectil de doscientas libras de peso, se lanzó contra él. En el momento en que su cabeza golpeó contra el estómago de Slam, sus manos tomaron fuertemente los muslos del gigante rubio que cayó de espaldas, golpeando la nuca contra el suelo y tocando la lona con ambos hombros. Estaba desvanecido.

El referee, sin embargo, no lo pronunció vencedor.

LENTAMENTE, Slam Thurton se puso de pie, y un poco inclinado, empezó a frotarse el estómago enrojecido. Mientras el referee, estupefacto ante el inesperado giro que el asunto tomaba, se situó sin disimulo entre ambos combatientes.

—¡Retírese, idiota!—dijo a Homer en voz baja, poniendo un brazo entre él y Slam.

Homer retiró el brazo de un tirón y se lanzó de nuevo, con la fuerza de un ariete contra el gigantesco Thurton, quien cayó de nuevo de espaldas. Homer se sentó sobre su vientre, y con ambas manos apretó los hombros del caído contra el suelo. La multitud aplaudió frenéticamente.

El referee, por su parte, amedrentado por los gritos del público, no tuvo más remedio que proclamar campeón a Homer.

Homer se encontró súbitamente con-

vertido en héroe. Cecil lo recibió en el vestuario.

—Vístete volando—dijo,—y salgamos de aquí. ¡Carrigan debe estar furioso! —Se detuvo un momento, asustado por el brillo raro de los ojos del muchacho. —Oye, Homer—le dijo al cabo de un momento,—aquí corren toda clase de historias a tu respecto. Alguien dijo hace un momento que Thurton estaba furioso porque tú habías mostrado interés en su esposa. Les dije que estaban locos, naturalmente.

Homer se detuvo como si hubiera sido atacado de parálisis. Después se volvió bruscamente hacia Cecil.

—Quédate aquí y toma nota de lo que suceda—le dijo.—Yo tengo que escribir mi crónica.—Y sin más explicaciones, tomó su sombrero y salió corriendo.

BERT, la chica morena, abrió la puerta a su llamado. Alice, envuelta en un lindo kimono, hacía un solitario en la mesa central; pero Homer no le dedicó una segunda mirada. Atrayendo suavemente a Bert al pasillo, cerró la puerta tras ella.

—Oye—le dijo,—quiero solamente hacer una pregunta: ¿Alice está casada? Bert asintió.

—Sí; se casó hace varios años. Tiene un hijo de cuatro años, que vive con sus abuelos en Ohio.

—¿Cómo se llama el hombre?

—Thurton. ¿Por qué...?

Homer se retiró sin oír más. Pocos momentos más tarde Bert le oyó teclear su máquina de escribir.

UNA hora más tarde, llegó Cecil con las notas pedidas.

—Aquí tienes un cheque por cincuenta dólares, compañero—le dijo.—Te aseguro que después de lo que oí decir allá, creí que no te darían un centavo. No hay muchas personas que se hayan atrevido a contrariar impunemente los planes de Carrigan. Le arruinaste todos los proyectos que tenía para el elefante ese de Slam. Bueno; buenas noches; y no te atrevas a despertarme antes de mediodía, mañana.

PERO Homer no lo despertó a ninguna hora. A las siete de la mañana desayunó en un pequeño restaurant, con una copia del «Clairon» abierta y doblada en la página deportiva, recostada contra el azucarero.

Leía y releía un suelto titulado así:

«Thurton vencido por un desco-

nocido.—Un extraordinario batacazo en los círculos pugilísticos causa indescriptible entusiasmo entre el público».

Y seguía el vívido relato de la lucha.

Un pequeño sumario de los demás números seguía, entre los que había un corto comentario halagador para otro recién llegado: Tormenta Tauner.

HOMER no supo cómo pasó aquella mañana. A la una y media se encontraba en el escritorio del cronista deportivo del «Clairon».

—Ha estado usted muy bien, muchacho—le dijo éste al pagarle su sueldo.

Un cronista entró en aquel momento, y al ver a Homer se dirigió resueltamente a él:

—¡Hola, amigo!—le dijo.—Lo felicito por el triunfo de anoche. Jamás he visto un luchador más rápido.

—¿Así es que usted es Jim Henry?—exclamó Mac Fee, el jefe de la sección deportes.—¡Un muchachote sencillo, con «excelentes» ideas sobre la publicidad! No puedo menos de reconocer que ha salido con la suya; ¡pero no trate usted de engañarnos otra vez!

TENGO grandes novedades para ti—le dijo Cecil aquella noche, ante una bien servida mesa.—Carrigan ha

resuelto pagarte doscientos cincuenta dólares si quieres luchar el próximo viernes. Y esta vez ganará el mejor. ¿Qué te parece?

—Aceptaré, tal vez—dijo Homer con indiferencia;—pero por quinientos.

—Pero hombre...—comenzó Cecil.

—No te preocupes, compañero, Yo mismo se lo diré.

Cecil guardó silencio por un instante.

—Bien...—dijo al fin.—Me ofreció a mí ciento cincuenta. Oye, muchacho, tal vez haya lugar para los dos en esta ciudad de titanes, si seguimos con nuestra regla de conducta, evitando las mujeres, las bebidas, el tabaco.

NATURALMENTE—contestó Homer re-pantingándose en su silla.

—Te confesaré que estuve un poco preocupado por ti últimamente—continuó Cecil.—No podía menos de pensar que tal vez esa rubia...

El muchacho apoyó con fuerza su mano abierta sobre la mesa.

—Esa rubia—dijo con voz un poco ronca—está fuera de cuestión. Nueva York nos necesita, amigo.

—Si Carrigan accede a pagar el precio que pides—musitó Cecil.

—El hombre conoce a su público—dijo Homer alegremente—y lo pagará. Y, efectivamente, Carrigan lo pagó.

Nuevas Minas y productos minerales

En la región de Ciancianghi (Rusia), se han descubierto unos depósitos de azufre, cuya cantidad se aprecia en cinco millones de toneladas, y son, por tanto, de entre los conocidos, los más abundantes.

También en Bascaja (Urales), se han hallado unas minas de carbón, calculadas en unos doscientos millones de toneladas, con 40 % de sustancias volátiles, 15 % de cenizas y 9 % de humedad.

Cerca de Bruxa (Turquía), región del monte Olímpio, se han descubierto minas de cromo y carbón.

En el distrito Karabut (Uzbekistán), se han dado con unas capas de potasa muy potentes. También la sociedad «Palestine Potash, Ltd», ha obtenido excelentes resultados en la

extracción de potasa por evaporación de las aguas del mar Muerto.

El Instituto Químico de Leningrado extrae aluminio de la nefelina Chibin, por el sistema Fedasseim.

Se ha obtenido un colorante amarillo de las materias nitrogenadas contenidas en el petróleo, según experimentos practicados en la Universidad de Texas.

Chistes

El dentista.—No necesita abrir tanto la boca, señora.

La señora.—Pero, ¿no me dijo que tenía que entrar con la pinza?

El dentista.—Sí, con la pinza; pero yo me quedo afuera.

Experiencias de uno de los médicos de nuestros Policlínicos en el exterior.

Estos cortos testimonios revelan parte del gran apostolado médico y las debilidades e intolerancias de nuestro pueblo. Muchos son los móviles que inducen a las mujeres a la prostitución, el principal vehículo de contagio venéreo. Entre los que prevalecen con enorme fuerza son: la pobreza, el lujo y la ignorancia. ¡Leed y aquilatad, lector!

Lo que muchas veces llamamos desgracia, es falta de prevención

VUELVO ahora de un barrio alejado, donde he pasado la tarde y las primeras horas de la noche. Vive allí un pobre hombre a quien visito dos veces por semana, movido, más por el deseo de atormentarme ante el vacío de la ciencia, que por la buena intención, latente allí en el fondo de mí mismo, de aliviar la lenta e irremediable disgregación de un alma que fué buena, sencilla, amable.

He asistido hace dos meses a la tragedia dolorosa de esa vida. He visto cómo se pierde, poco a poco, en la gris indiferencia vegetal todo el brillo de una razón. He visto como se anulan las nociones de tiempo y de espacio dentro de un organismo que conserva la fuerza necesaria para manifestarse plétórico de sangre, violento en su animalidad, y cómo, dentro de ese organismo, sano al parecer, las ideas, los sentimientos, las voliciones, se hacen inarmónicos, incoherentes hasta la crueldad, tristes, profundamente tristes, a fuerza de ser cómicos...

Nada más espantoso, nada más terriblemente conmovedor, que asistir como testigo a la pérdida disolución de la personalidad psíquica de un hombre en los líquidos corrosivos de un virus inoculado en horas de placer; observar cómo se hunde lentamente esa personalidad en el abismo de la estupidez, donde la razón misma despierta el ridículo, donde cada molécula psíquica se agita en una ataxia incomprensible disociándose, disgregándose, licuándose, perdiéndose en la tenebrosa oscuridad de la demencia...

Esta tarde, luminosa y tibia, por el ventanuco que da luz al cuarto del enfermo, penetraba toda la claridad rosada del crepúsculo; los limpios ladrillos del piso absorbían el tono rojo re-

NOCHE DE SAN SILVESTRE

flejándolo sobre las paredes, bañándolas en una suave transparencia rosada. Sobre el lecho del enfermo brillaba el marco dorado de un lienzo que antes fué, seguramente, apreciada pintura de un milagro, ennegrecida hoy por la acción del tiempo; sobre la mesa, dos floreros de loza ponían dos manchas lácteas sobre el gris sucio de la madera recién lavada; claveles rojos, casi negros, se erguían orgullosos entre el verde oscuro de montones de hojas puestas sin arte en los floreros.

Por la carretera cercana rodaban con estrépito unos cuantos camiones; lejos, en alguna de las plazas de la ciudad, las bandas tocaban alegres pasillos absurdos, y las estridencias de los cobres llegaban al cuarto silencioso como gritos destemplados de una loca jauría de borrachos. Y entre todo ese ruido sordo de la vida lejana, las oscilaciones de un pequeño reloj colgado a la pared se imponían con su ritmo seco, sugiriendo la idea de algo diminuto, fugaz, quebradizo, que huía con rapidez vertiginosa a lo desconocido, al vacío, a la nada...

El enfermo, sentado en una silla de vaqueta, abstraído como siempre, parecía no prestar atención a los ruidos. De pronto se levantó, sin vacilaciones fué a la llave de la luz, le dió media vuelta y volvió a mirarnos con ojos estúpidos; dió otra media vuelta a la llave y se acercó a la pared donde brillaba el marco del cuadro; observó el lienzo detenidamente. Se sentó después sin decir palabra.

—Ya llegó la noche, dijo al cabo de un rato, sin embargo, hay luz, mucha luz...

—No es de noche todavía, observé.

—Cierto, contestó. Y nuevamente fué a la llave de la luz, que martirizó

cuanto quiso, al cuadro negro encerrado dentro del marco brillante.—Completamente oscuro, afuera no hay luz.—dijo paso como para que no le oyéramos.

—Mire usted,—insistí,—la luz entra por la ventana, apenas empieza a caer la tarde.

—Cierto, repitió con tono de la más profunda convicción, e inmediatamente intentó sacar la cabeza por entre el lienzo.

La enfermera, habituada a estos ilogismos, curfida moralmente por el constante contacto con el dolor ajeno y mujer vulgar, estalló en una ruidosa carcajada cínica que me heló de espanto. Creí por un momento en el contagio de la locura y la ví loca, completamente loca.

—Venga usted a la ventana, dije al enfermo, llevándolo frente al tragaluz. Mire, la tarde es bella, todavía el sol no se ha ocultado. ¿Comprende?

—Cierto,—contestó,—Pero su mirada se perdió en el vacío... Y con una terquedad espantosa que negaba toda realidad, volvió al cuadro para observar con curiosidad el lienzo ennegrecido por el tiempo.

Cautelosamente cerré la puerta del ventanuco, convencido de que la luz insolente del crepúsculo trastornaba el cerebro del enfermo. Este volvió a su silla tranquilo. Después de un largo rato empezó a hablar.—Me engañan—decía.—La oscuridad. La luz. La noche. La ventana... Me engañan... Y reía, reía con la misma risa cínica de la enfermera, reía acercándose ahora a la ventana, palpando con manos trémulas las hendiduras por donde las últimas luces de la tarde rompían en un cuadro de líneas brillantes la oscuridad del cuarto... Reía entre cuchicheos babosos y gritos cortos, agudos, guturales, sibilantes... Calló por unos momentos, después comprendí que sollozaba.

La enfermera abrió la puerta de la ventana, por donde penetró una claridad cenicienta, fría, gelatinosa, el enfermo corrió al cuadro, lo estrelló contra el piso. Presa de una crisis de desesperación, empezó a dar grandes gritos pidiendo que abrieran la ventana... Horas y horas pasaron sin que el enfermo dejara de gritar... El cuarto, iluminado por la luz de una bombilla opaca, tenía algo de fúnebre, bañado en la trastornadora quietud del tono amarillo, donde bailaban sombras violentas; los ojos del enfermo, fijos en el

lugar donde antes estaba el cuadro, despedían una luz verdosa, y la enfermera, arrullada por el grito constante y monótono del demente, de vez en vez, soltaba su risa cínica y desvergonzada, que vibraba como eco doliente del dolor que se ignora...

* * *

Al salir de aquella casa, hoy como siempre, he sentido el dolor de una extrangulación brutal.

Desgarradora angustia aprieta mi garganta, cuando al retirarme del cuarto del enfermo, sorprende las miradas de la madre, de la esposa, de los hermanos, que esperan mi salida y piden de mí una palabra de esperanza... Pero... ¿A dónde ir a buscar esa palabra? ¿La ciencia? Esta, después de muchos años de constante y juiciosa investigación, apenas si ha logrado cambiar el nombre a la enfermedad; un nombre cruel, que explica la disgregación irreparable, la disolución del alma misma... Y el capítulo del tratamiento es algo verdaderamente ridículo: todo allí es trivial, cuando no paradójico e inútil; parece que en este caso la ciencia sea la que padece de *esquiosofrenia*, con estereotipias irreductibles y repugnantes. Y me alejo, siempre avergonzado, porque siento que aquellas miradas desgarran un velo y aprecian mi profunda ignorancia...

En las calles de la ciudad, profusamente iluminadas esta noche, hay animación y bochinche. Grupos de trabajadores pasan presurosos en busca de las chicherías; una comparsa de gentes disfrazadas inicia bailes frente a un bodegón, de donde salen vahos agrios, tibios, hediondos a humanidad y a cebolla quemada. En la penumbra de las puertas cerradas se inician las conquistas fáciles; y aquellos cuchicheos apasionados, aquellas risas entrecortadas por gritos de sorpresa, aquella explosión de animalidad ardiente y salvaje, despiertan en mí la idea triste de las causas que en el enfermo produjeron la demencia. Sin duda estas fáciles conquistas sembraron en su organismo el virus letal que ahora lo aniquila. Y por una asociación de ideas, las risas y los gritos de alegría me persiguen como si fueran una prolongación de los gritos del enfermo y de la risa cínica de su enfermera.

Ahora, aquí en mi casa, después de leer por la milésima vez los capítulos de psiquiatrías y de tratados de patología mental, pienso en lo tardío del

tratamiento seguido a última hora con el pobre demente; quizás meses antes las lesiones hubiesen cedido sin dejar en el cerebro las cicatrices que le convierten en idiota. Sin pensarlo, abro el cajón en donde guardo las ampollitas vacías de sustancias aplicadas a individuos contra el venenoso virus, y empiezo a contar: una, dos, veinte, ciento, cuatrocientos veintiseis... 526 ampollitas aplicadas en un año y de éstas, más del ocho por ciento a jóvenes menores de diez y ocho...

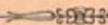
Todas estas ampollitas se han aplicado a hombres que mañana pueden ser dementes; hombres fuertes antes, robustos, inteligentes, tocados por el virus que así destruye la fuerza física, como aniquila la estructura moral y se prolonga después de la muerte, porque también los hijos de estos enfermos serán idiotas, imbéciles, dementes, tristes degenerados que renegarán de sus progenitores cuando pidan limosna de vida a las drogas en los asilos...

Cuatrocientos veintiseis ampollitas de sales de bismuto, mercurio, arsénico, yodo, aplicadas en un año y yo soy uno de los catorce médicos que las aplican en una ciudad que apenas cuenta con doce mil habitantes. ¡Qué horror!...

Por mi mente pasa la terrorífica visión del porvenir. Un pueblo idiota, embrutecido, sin voluntad, sin iniciativa, sin amor siquiera. Laceradas las carnes por úlceras profundas; disgregada el alma, que no acierta vivir en los cerebros fundidos por el virus fatal. Pueblo convertido en masa de carne putrefacta, que apenas deja escapar fosforescencias que alumbran la irreparable, la repugnante descomposición...

Y las doce campanadas, lentas, vibrantes, que anuncian la muerte del año, me despertaron a la realidad, a la dolorosa realidad que me decía: no hay un dispensario en nuestra ciudad que impida todo el horror del porvenir.

J. Hernández.



El diario más viejo del mundo

Cuando las más antiguas gacetas europeas datan de menos de tres siglos, China puede enorgullecerse de poseer el más antiguo periódico del mundo.

Este periódico es el «Tesen-Tze-Kwan-Pao», el cual hace 14 años celebró su milésimo aniversario.

Durante más de mil años este periódico ha venido publicándose sin interrupción. Las dinastías se sucedieron a las dinastías en el imperio chino; el «Tesen-Tze-Kwan-Pao», más fuerte que ellas, no cesó de publicarse una sola vez. Y cuando en 1912 fué proclamada la república china, se limitó a cambiar su nombre por el de «Tesen-Foo-Koun-Pao», que quiere decir «Periódico Oficial del Gobierno».

El decano de la prensa fué fundado para registrar los decretos imperiales. Fué el primer «Diario Oficial».

Sus redactores, algunos de los cuales se contaban entre los más famosos literatos del Imperio chino, gozaban de grandes prerrogativas y ostentaban elevados tratamientos. Pero eran responsables de todo lo que se imprimía en el periódico. Uno de ellos fué decapi-

tado por haber omitido en un artículo uno de los millares de títulos que ostentaba entonces el Hijo del Cielo. Otros redactores fueron extrangulados, hechos tajaditas o empalados, simplemente por haber dado a estampa falsas noticias.

Una colección completa del antiguo periódico figura en los archivos imperiales de Pekín.

“MECCANO”

El más práctico de todos los juguetes

Desde ₡ 4.00 la caja

CICLO CLUB

Apartado 323 - SAN JOSE - Teléfono 2888

Chistes

—Juana, vaya a ver si el carnicero tiene «patas de cerdo». Haremos un rico fiambre.

Tarda mucho la sirvienta y, al volver dice a su patrona, muy afligida:

—Señora, no pude saber si eran de cerdo las patas del carnicero. Usa unos pantalones tan largos...

Conferencias contra el alcoholismo

En Buenos Aires R. A.

Por HÉCTOR A. TABORDA

"Es necesario combatir el alcoholismo con la misma tenacidad que se despliega contra las epidemias y la criminalidad." (WEYGANT)

EL alcoholismo es una de las plagas que actualmente roen a la humanidad, y en particular a la clase obrera de los países más civilizados. Sobre los hombros robustos del trabajador pesa el fantasma horrible del alcoholismo, amenazando su salud y la de su prole. El individuo, la familia y la sociedad, experimentan sucesivamente los efectos de tan mortal flagelo.

Es conveniente, por lo tanto, que todos nos pongamos en guardia contra las acechanzas de ese enemigo, tratando de saber cuáles son sus armas de combate, para oponerle con más eficacia una defensa decisiva.

Se oye hablar tanto de alcohol y de alcoholismo, que parece sin interés una disertación al respecto. Tantas voces elocuentes se han levantado contra ese mal, tantos libros se han escrito, tantas experiencias ejecutado, tantas iniciativas profilácticas discutido y sancionado, sin contar las ligas organizadas, las Sociedades de temperancia, las conferencias y cartillas de propaganda anti-alcoholista, etc., que, después de todo ese digno esfuerzo humanitario, se podría creer a primera vista agotado el tema y vano el intento de quien pretenda afrontarlo nuevamente.

En efecto, señores: el asunto ha sido dilucidado con amplitud y profundidad, desde el origen hasta sus más lejanas consecuencias, de tal manera que actualmente, aunque falta aclarar muchos puntos relativos a la patología del alcoholismo, constituye un conjunto de verdades comprobadas a dis-

posición de quien, con buena voluntad, quiera esparcirlas a todos los vientos, haciéndolas vibrar en el ambiente social. ¿Y por qué, pues, teniendo la verdad a nuestro alcance hemos de dejarla dormir en los libros y sufrir en los hechos—porque es una verdad dolorosa,—en vez de publicarla con ánimo resuelto, sacándola de los libros y de los laboratorios y llevándola al conocimiento de las gentes que han menester siempre de un índice invariablemente orientado hacia su mejor salud?

Si los estragos del alcoholismo afectan cada vez más a un mayor número de individuos; si esos estragos comprometen la estabilidad física y moral de muchos hogares, y, carcomiendo la vida, cortan el hilo de las generaciones, no hay razón suficiente para luchar sin desmayos contra el alcoholismo, atrayendo hacia un mismo propósito saludable a todos los espíritus sanos que desean acrecentar la fuente de vida ahogando los manantiales del vicio?

Sobre todo, señores, es menester anticiparse a los hechos, precaviéndose contra las posibilidades dolorosas que relampaguean en el porvenir.

Nuestro país es, y será siempre, esencialmente comercial y fabril, dada la índole de sus producciones y los elementos étnicos que lo componen. Desde luego, eso supone la formación de crecientes agregados proletarios, entre los cuales el alcoholismo, como es bien sabido, hinca su garra y diezma las filas, conspirando fundamentalmente contra el bienestar general, mediante el largo séquito de miserias que consigo lleva. Para iniciar y mantener la lucha anti-alcoholista, no debemos esperar, pues, que el flagelo adquiera entre nosotros los caracteres de «desastre nacional» como en Francia, Inglaterra, Alemania y Estados Unidos. Por el contrario, esa experiencia ajena

nos ha de servir para agitar en todo momento esta muy seria cuestión e ir señalando a tiempo el peligro, a fin de que las resoluciones adoptadas produzcan oportuna y eficazmente sus posibles resultados.

No es a la terapéutica que debemos pedir la restricción de ese flagelo social; pero sí a la profilaxis, consejera previsora que nos advierte la posibilidad de un estado mórbido y nos indica cómo debemos evitarlo, si aún no ha aparecido, o en caso contrario, cómo debemos impedir su propagación. Y la profilaxis necesita y debe tener un agente infatigable en cada persona bien intencionada, particularmente en cada padre de familia, de cuya prédica y conducta cotidiana deriva casi siempre —aparte los factores individuales— la dirección mental y moral de los hijos.

La propaganda antialcoholista, siempre oportuna y útil, pretende, por lo tanto, excitar y mantener vivo el espíritu de lucha contra el vicio, testimoniando con datos científicos que el alcoholismo es, en rigor de verdad, una desgracia individual, que insensible y fatalmente se trueca en un peligro colectivo si nada se opone a su funesta evolución.

Reina, señores, una indiferencia general alrededor de este asunto y, justo es decirlo, reina porque los efectos intensos del alcohol no saltan frecuentemente a la vista de quienes no tienen ocasión de observarlos, y porque las innumerables formas atenuadas del alcoholismo, en efectos más débiles, no alertan al individuo en el presente, aunque amenacen su salud y la de sus descendientes en el porvenir.

Estudiemos, pues, esta cuestión; preocupémonos del bienestar colectivo, asegurando la salud individual; inquiramos los estragos particulares y sociales de la enfermedad, para apreciar así toda su magnitud y poder esparcir la buena semilla de las ideas preventivas, cuya cosecha ha de ser salvadora.

Dada la importancia y extensión de nuestro programa, hemos resuelto dividirlo en dos conferencias, que desarrollaremos conforme al siguiente plan nacional y progresivo: etiología, estado mórbido, terapéutica y profilaxis.

La etiología comprenderá el estudio de las causas del alcoholismo, averiguando las propiedades del alcohol y las bebidas alcohólicas. El estado mórbido será un capítulo destinado a la

descripción de la enfermedad en el individuo y sus efectos en la familia y en la sociedad. La terapéutica y la profilaxis constituirán la exposición de los tratamientos curativos propuestos y las medidas preventivas antialcoholistas adoptadas o adoptables.

Pero antes de emprender el desarrollo de nuestro programa, consideramos indispensable hacer una advertencia. El alcoholismo ataca particularmente a la clase obrera por razones de número y condiciones sociales que no es del caso examinar. Es hacia ella, por lo tanto, que debe dirigirse la prédica antialcoholista; es hacia ella que necesitamos llevar la voz de alerta, propagando las nociones preventivas en el terreno social más funestamente viciado por el alcohol. Y para que esa propaganda sea eficaz, menester es que los conferenciantes se despojen de sus vanidades literarias y presunciones de erudición, hablando en cambio con naturalidad y sencillez, de tal manera, que la idea sobriamente expresada peneire sin dificultad y difunda toda su virtud en el espíritu de los oyentes.

No debe extrañar, pues, a nadie la forma en que está escrito nuestro trabajo y el cuidado que hemos tenido de evitar todos aquellos vocablos que, por ser de poco uso diario, pudieran obscurecer ciertos conceptos, explicándolos cuando sea indispensable su intervención.

II

ETIOLOGÍA

Comencemos, pues, con la etiología, es decir: las causas de las cuales deriva ese conjunto de fenómenos desastrosos que por vez primera el médico sueco Magnus Hüss denominó alcoholismo.

Hemos dicho las causas. En efecto: aparte del alcohol, que es la causa principal o directa, hay otras que podríamos llamar secundarias o indirectas, y cuya influencia en el mal que nos ocupa está perfectamente constatada.

Bebidas fermentadas y destiladas.—Hablemos de la causa primordial, es decir: de las diversas bebidas a base de alcohol. Tales bebidas se obtienen mediante la fermentación de sustancias azucaradas de procedencia vegetal, o destilación del vino y ciertos jugos fermentados.

Por el primer procedimiento se fabrican las *bebidas fermentadas*: el vino, la cerveza, la sidra y el *poiré*. Por el segundo procedimiento se obtiene esa lista de *bebidas destiladas*, o alcoholes naturales, comunmente llamados aguardientes, y entre los cuales figuran: el cognac, el ron, el kirs, el wiski, la grapa, la ginebra, el gin, etc. El vino, tipo de las bebidas fermentadas, se elabora, como nadie lo ignora, exprimiendo los racimos de uva y haciéndolos fermentar durante cierto tiempo. En esa fermentación se produce un alcohol denominado *vínico* o *etílico* y otras substancias. Su graduación ordinaria es de 6 a 16° de alcohol. La cerveza es debida a la fermentación de la cebada, a la cual se agrega el lúpulo para darle sabor amargo y agradable, clarificarla desinfectarla. Su título alcohólico es de 4 a 6°. La sidra y el *poiré* son bebidas producidas mediante la fermentación de manzanas y peras respectivamente. Ambas tienen el mismo valor alcohólico de la cerveza.

Ahora bien: en la fermentación del mosto de la uva para fabricar el vino, y de los jugos de manzana y pera para fabricar la sidra y el *poiré* el fenómeno se produce gracias a fermentos que ya existen en esas frutas o jugos al estado natural. En cambio, para fabricar la cerveza, es menester sembrar con un fermento o levadura la substancia que ha de fermentar. Significa esto, que en el primer caso (vino, sidra, *poiré*, etc.) la fermentación se produce *espontáneamente*, es decir: por acción propia de la substancia fermentescible, y en el segundo caso (cerveza, etc.) el fenómeno se produce *artificial-*

mente, es decir: por la adición de una levadura.

En cuanto a las bebidas destiladas, el procedimiento, como decíamos es otro. Los progresos de la química en el pasado siglo permitieron extraer el alcohol de un gran número de productos vegetales, como son: la papa, el maíz, la remolacha, el higo, el magüey, la raíz de genciana, la caña de azúcar, el arroz, el mijo, la avena, el centeno, etc., etc.

Desde entonces se divulgaron por todas partes, de una manera rapidísima, esos aguardientes que hace un momento nombrábamos, al extremo de poder afirmarse que el alcoholismo, como plaga social, comienza con ese descubrimiento que la ciencia realizó por la fatalidad del progreso; pero que la industria, no siempre bien intencionada, aprovechó y aprovecha en beneficio propio, intoxicando a las poblaciones con sus artificiales brebajes.

El líquido resultante de la fermentación de los productos recién enumerados se somete a la destilación en un aparato llamado *alambique*, y a medida que se calienta desprende vapores alcohólicos. Pero como se producen varios alcoholes y todos a diversas temperaturas, resulta que al principio de la destilación aparecen los llamados *alcoholes de cabeza*; en el medio, los *alcoholes de corazón*, y al fin, los *alcoholes de cola*. De todos estos líquidos, el único utilizado con fines alimenticios (aceptemos el vocablo por el momento) es el alcohol *etílico* o *vínico*, el mismo que se produce, como decíamos hace un rato, en la fermentación del mosto de la uva.

Continuará

CARPINTERIA Y EBANISTERIA

— DE —

FIDEL RODRIGUEZ

CARTAGO, COSTA RICA

GASOLINA

**LA MEDIDA MAS EXACTA LA CONSIGUE
USTED EN LA BOMBA DE**

H. A. ULLOA

Frente a la Fotografía HERNANDEZ
Calle de la estación.

SUELA—SUELA

Para CALZADO

CONSTANTEMENTE GRAN SURTIDO EN LA

BODEGA INTERNACIONAL

50 varas al Oeste del Banco Internacional

SEÑORES IMPORTADORES Y EXPORTADORES

LA COMPETENCIA LEAL HA PUESTO
A UDS., EN MEJORES BASES PARA
SUS NEGOCIOS, CONTINUE FOMEN-
TANDOLA Y ASEGURE SUS INTERESES

AGENCIAS UNIDAS S. A.

AGENTES DE ADUANA

SERVICIO ACTIVIDAD

LIMON

SAN JOSE

PUNTARENAS

PROFESIONALES,
CONVALESCIENTES,
ANCIANOS

y

COMERCIANTES;

TODA PERSONA
QUE NOTE DESGASTE
EN SUS SISTEMAS

**NERVIOSO
Y
MUSCULAR**

**ENCONTRARA ALIVIO RAPIDO
Y CURACION SEGURA, TOMANDO**

KOLATONA

**PREPARADO DE CALIDAD
DE LOS LABORATORIOS**

URIBE & ZELEDON

SAN JOSE, COSTA RICA